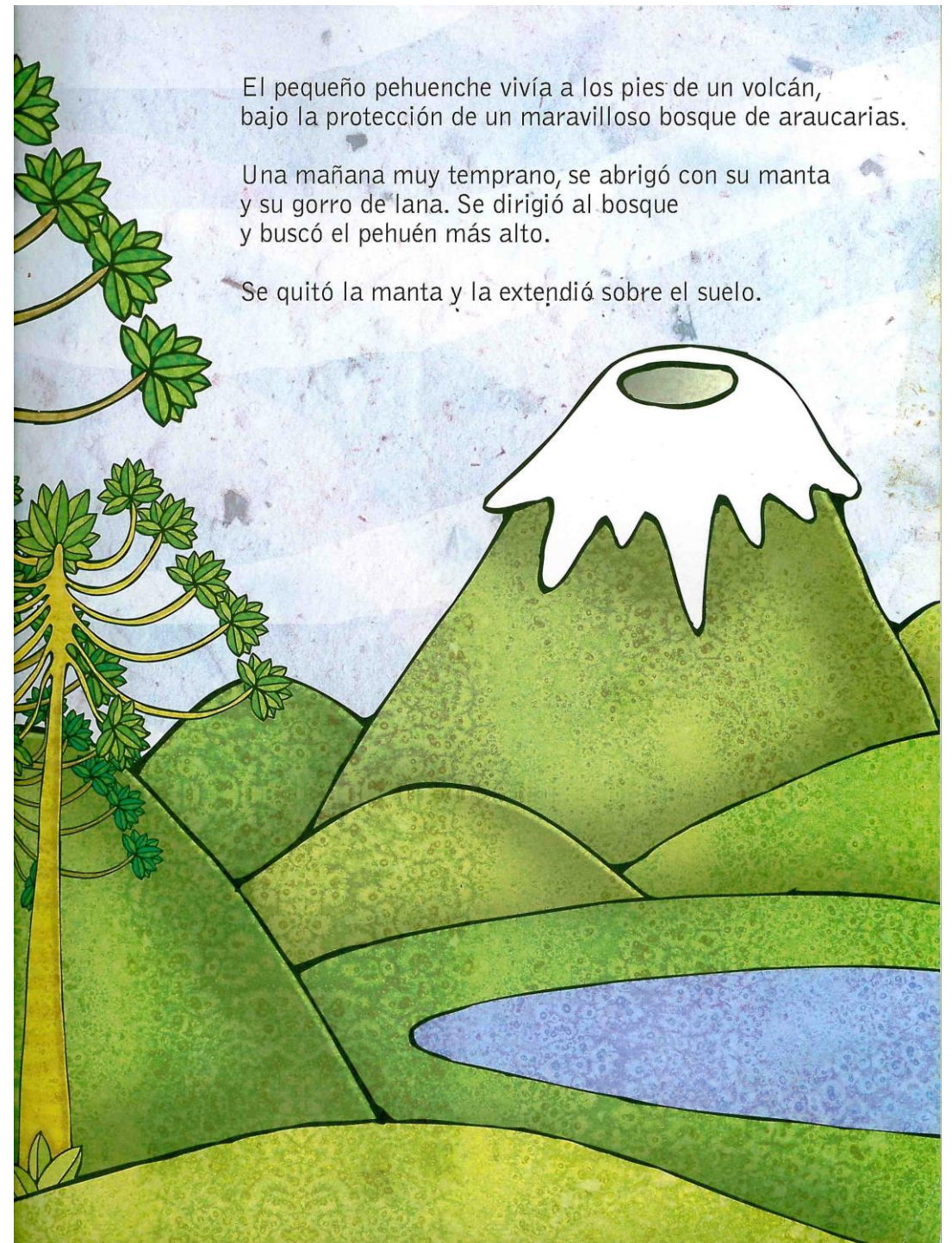




El pequeño pehuenche vivía a los pies de un volcán,
bajo la protección de un maravilloso bosque de araucarias.

Una mañana muy temprano, se abrigó con su manta
y su gorro de lana. Se dirigió al bosque
y buscó el pehuén más alto.

Se quitó la manta y la extendió sobre el suelo.

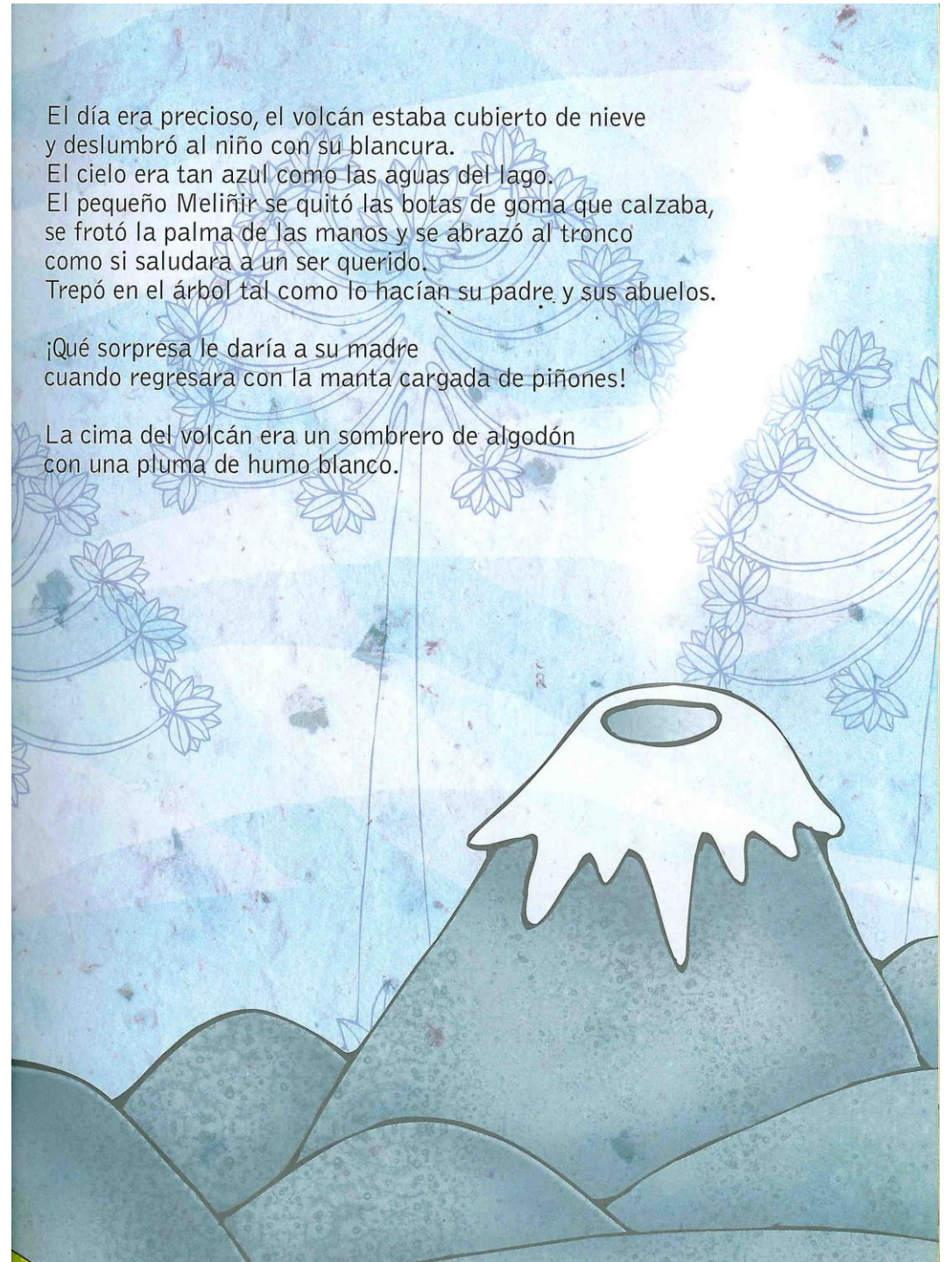


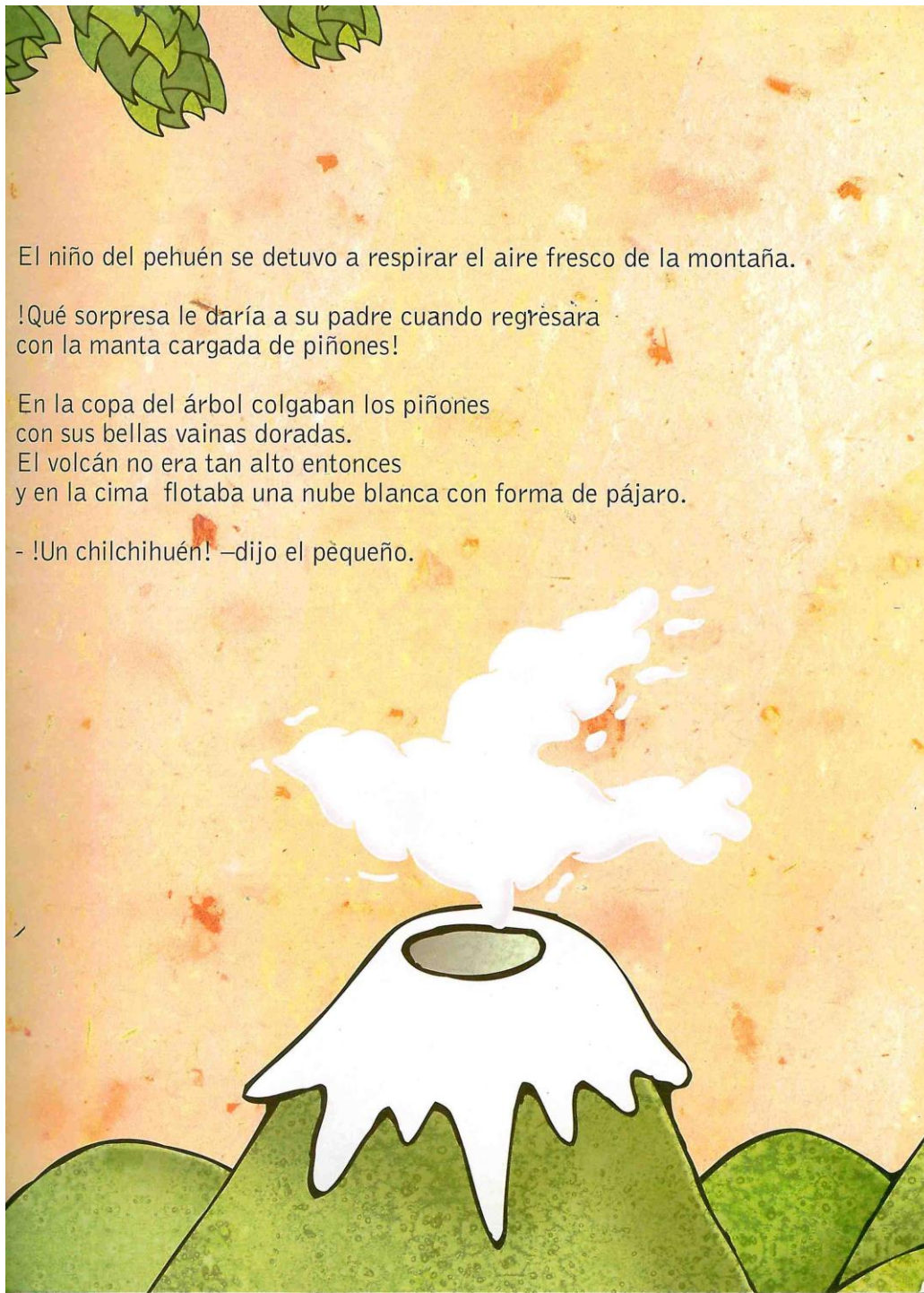


El día era precioso, el volcán estaba cubierto de nieve y deslumbró al niño con su blancura.
El cielo era tan azul como las aguas del lago.
El pequeño Meliñir se quitó las botas de goma que calzaba, se frotó la palma de las manos y se abrazó al tronco como si saludara a un ser querido.
Trepó en el árbol tal como lo hacían su padre y sus abuelos.

¡Qué sorpresa le daría a su madre cuando regresara con la manta cargada de piñones!

La cima del volcán era un sombrero de algodón con una pluma de humo blanco.





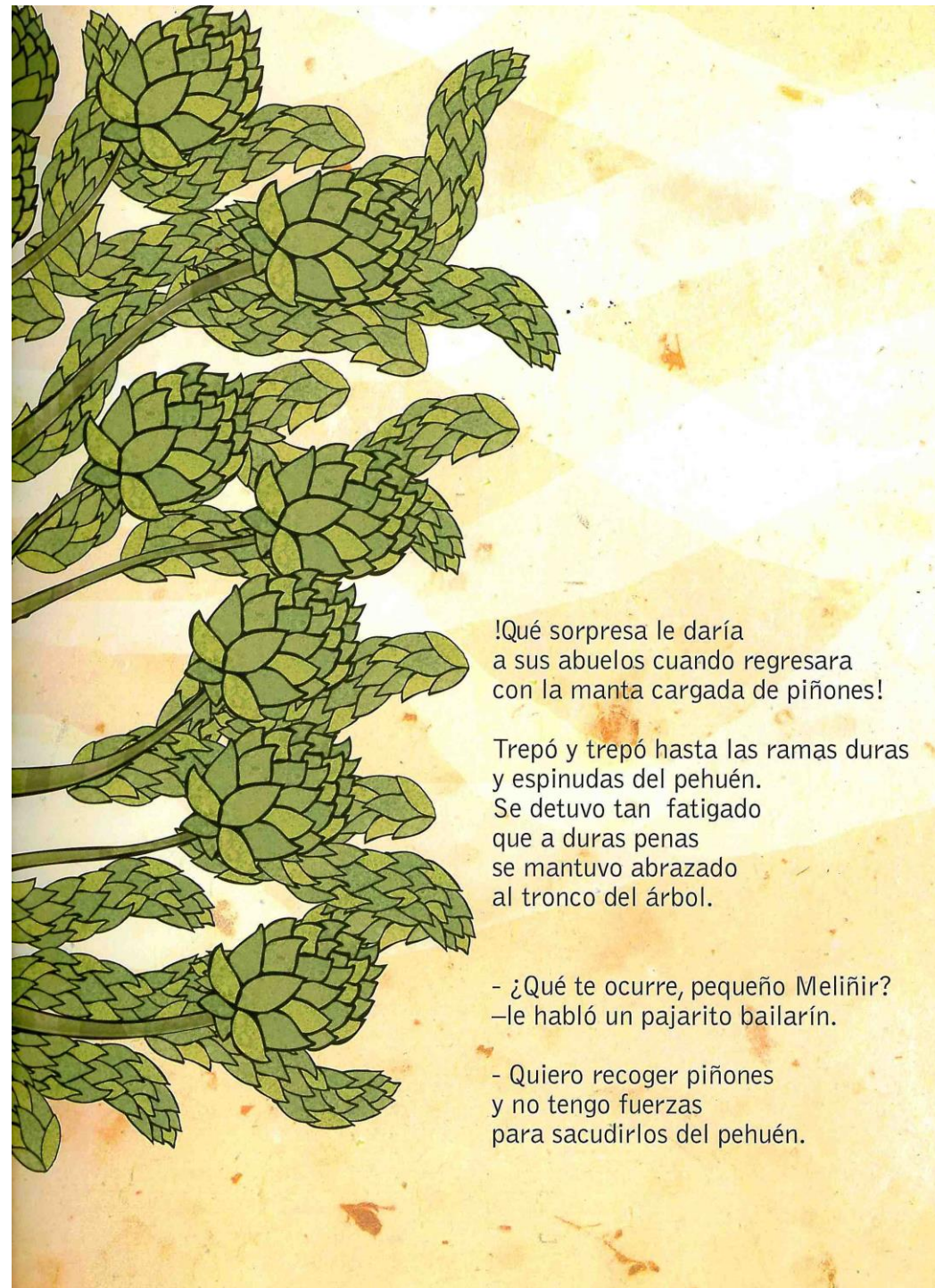
El niño del pehuén se detuvo a respirar el aire fresco de la montaña.

!Qué sorpresa le daría a su padre cuando regresara con la manta cargada de piñones!

En la copa del árbol colgaban los piñones con sus bellas vainas doradas.

El volcán no era tan alto entonces y en la cima flotaba una nube blanca con forma de pájaro.

- !Un chilchihué! -dijo el pequeño.



!Qué sorpresa le daría
a sus abuelos cuando regresara
con la manta cargada de piñones!

Trepó y trepó hasta las ramas duras
y espinudas del pehuén.
Se detuvo tan fatigado
que a duras penas
se mantuvo abrazado
al tronco del árbol.

- ¿Qué te ocurre, pequeño Meliñir?
-le habló un pajarito bailarín.

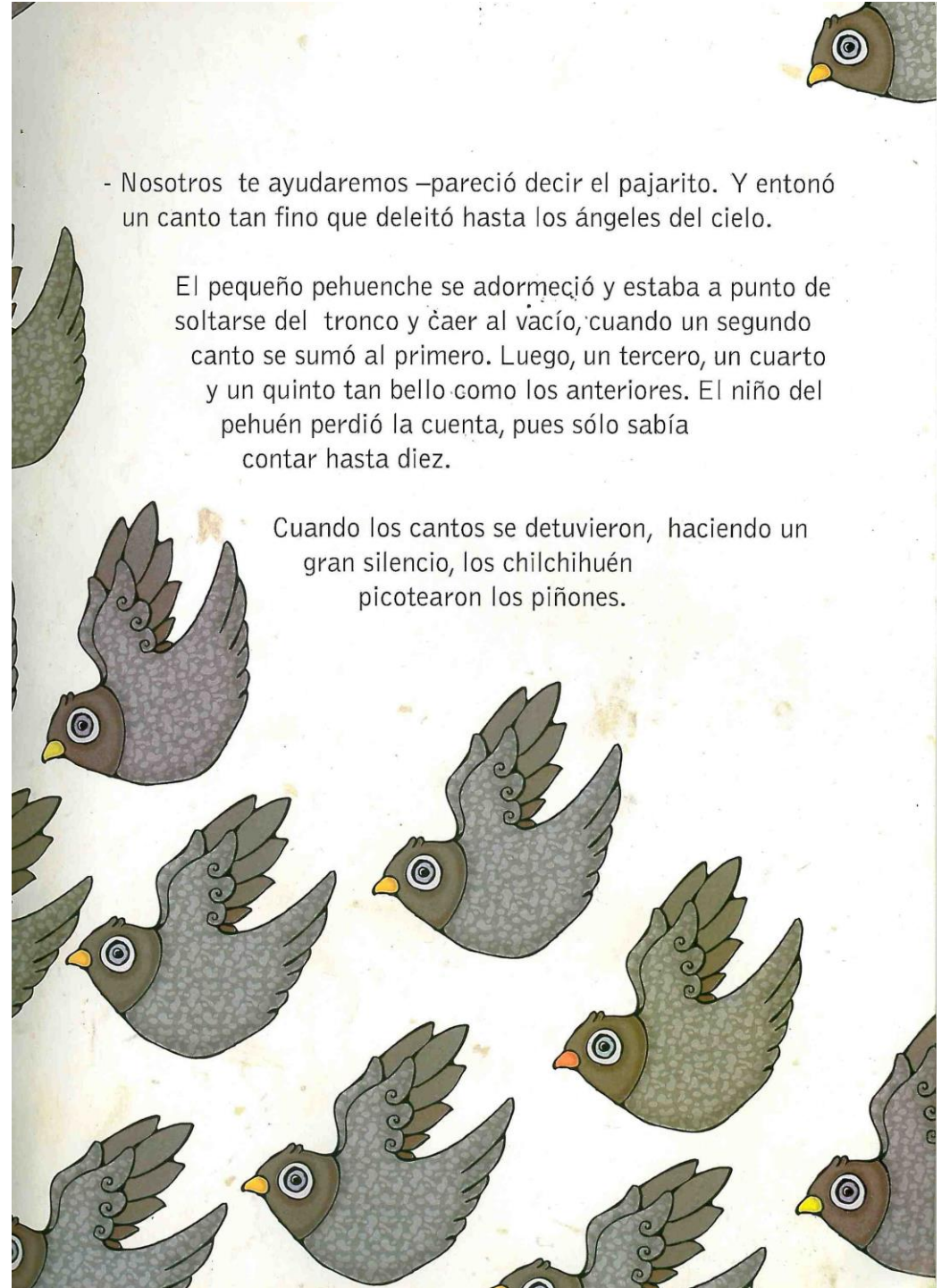
- Quiero recoger piñones
y no tengo fuerzas
para sacudirlos del pehuén.



- Nosotros te ayudaremos –pareció decir el pajarito. Y entonó un canto tan fino que deleitó hasta los ángeles del cielo.

El pequeño pehuenche se adormeció y estaba a punto de soltarse del tronco y caer al vacío, cuando un segundo canto se sumó al primero. Luego, un tercero, un cuarto y un quinto tan bello como los anteriores. El niño del pehuén perdió la cuenta, pues sólo sabía contar hasta diez.

Cuando los cantos se detuvieron, haciendo un gran silencio, los chilchihuén picotearon los piñones.



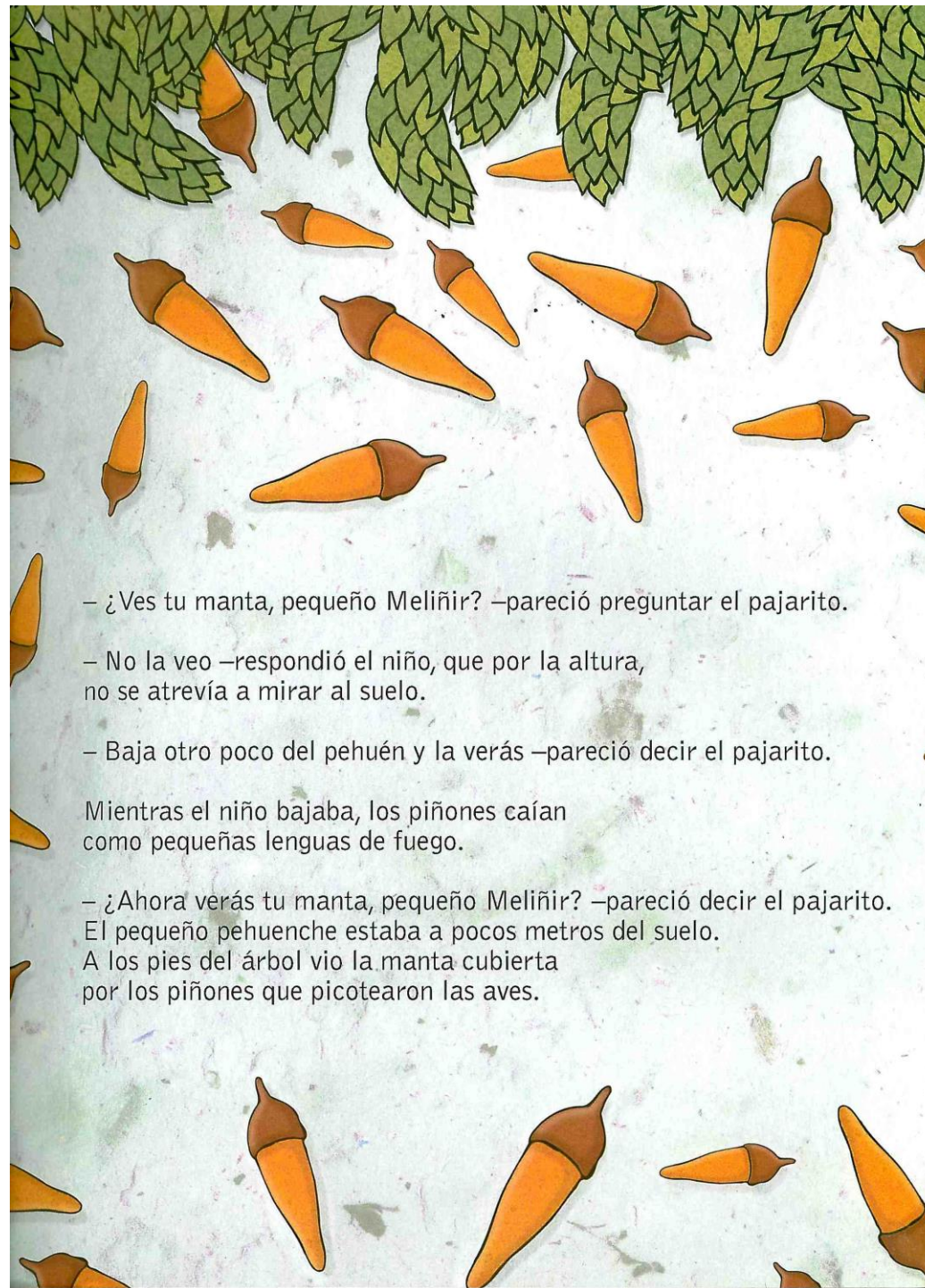


- ¿Ves tu manta, pequeño Meliñir? –pareció preguntar el pajarito.

- No la veo –respondió el niño, que por la altura, no se atrevía a mirar al suelo.

- Baja un poco del pehuén y la verás –pareció decir el pajarito.

Mientras el niño bajaba, los piñones caían como lluvia de gotas doradas.





-¡Gracias, querido chilchihúen! —dijo el niño y saltó sin miedo.

Se calzó las botas de goma, amontonó los piñones en la manta, la cargó en su espalda y salió corriendo. Los pajaritos volaban detrás y recogían los piñones que al niño se le caían.

